

EL RETORNO DE LA HISTORIA

FERNANDO GONZALEZ

"... donde estoy mecanografiando estas líneas —un proyectil acaba de hacer explosión— hay afuera un niño llorando, y un miliciano lo ha tomado en brazos y le prodiga palabras de consuelo. En nuestra calle no ha habido víctimas, y los que empiezan a correr y sonreírse con nerviosidad cuando oyen explosiones son mirados de reojo por quienes no aceleran el paso ni se inmutan por tales ruidos, y la ciudad en que residimos ahora se llama Madrid..."

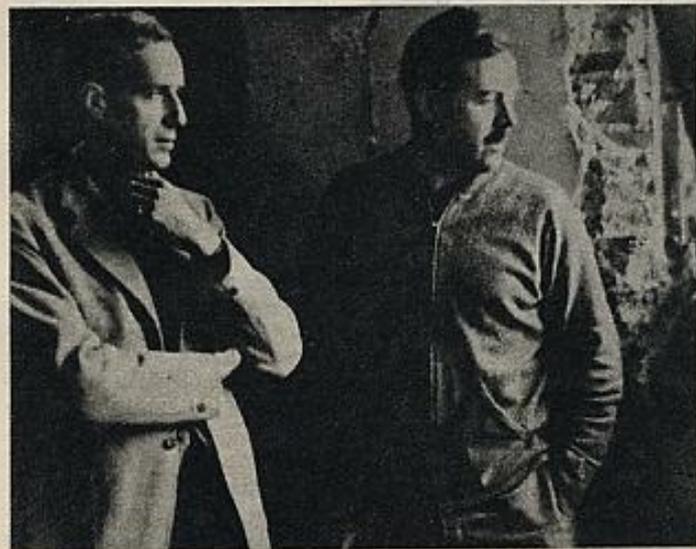
Ernest Hemingway, septiembre de 1937.

TODA una generación en el mundo sintió la llamada de la "guerra de España". Incluso en los Estados Unidos, aparentemente sumidos en el ejercicio de su pragmatismo habitual, se detectó la agitación que la sublevación africana del Ejército español había engendrado. La preguerra mundial que se desarrollaba —lenta, sangüinaria, vocinglera— en los campos de España era un espejuelo a cuya fascinación resultaba difícil sustraerse. "España es una matanza y un osario", afirmaría con precisión poética Bernanos mientras observaba, en Palma de Mallorca, "los vastos cementerios bajo la luna". España fue, ciertamente, el primer bastión en el que toda una forma de cultura —incluyendo una trayectoria política, humana y popular— se hizo fuerte contra la agresión fascista.

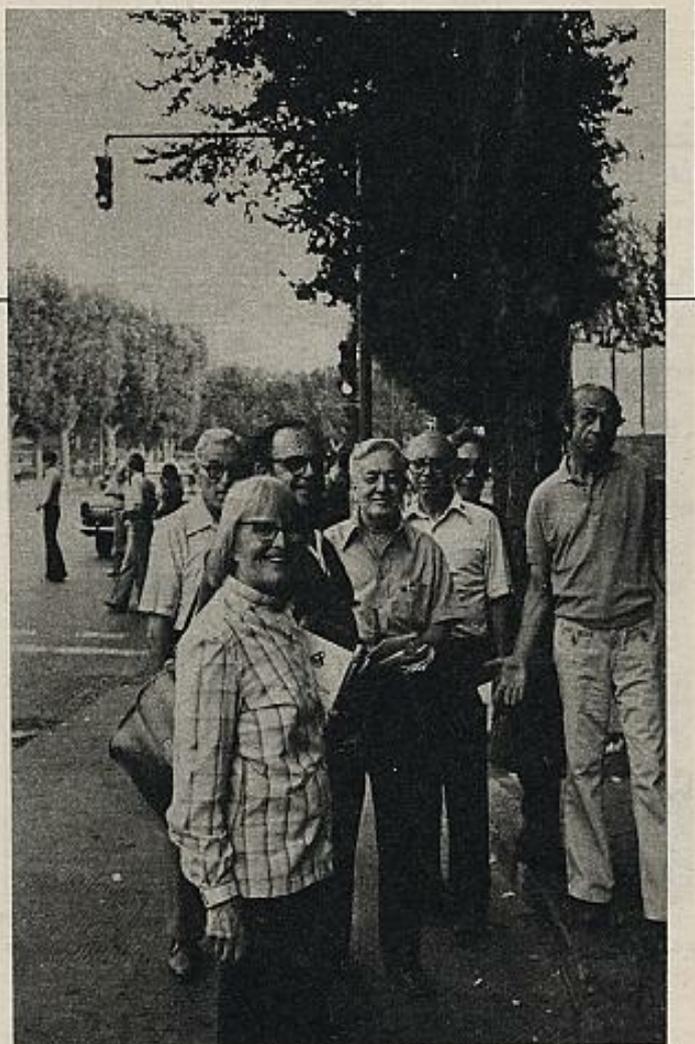
Los norteamericanos, desde la presencia estelar de un Hemingway o un John Dos Passos hasta la anónima y sufrida de un metalúrgico de Chicago o un tendero de San Francisco, comienzan a penetrar, ya desde noviembre de 1937, por los

pasos de los Pirineos. Viejos, nervudos, de fuerte complexión y mirada inesperadamente infantil, cuarenta años después llegan a España —organizados en un viaje privado— ocho miembros de la Brigada Lincoln. Traen una insaciable curiosidad y una mochila repleta de recuerdos. Han sido marcados —y así lo confiesan— por su juventud desinteresadamente arriesgada en la guerra civil peninsular. Temen, en los primeros días, el olvido de los españoles, el no recuperar su pasado. Algunos, como Morris Stamm —setenta y tres años y una poderosa pipa entre los dientes—, iniciaban en Belchite o en la ofensiva del Ebro una trayectoria que le arrastraría a ser "permanente vigilado" en su país. La etiqueta de "rojos" les acompañó, prolongándose, en su regreso.

Siete hombres y una mujer, Evelyn Hutchins —menuda, de suave cabellera blanca y ojos transparentes, inquieta por la realidad española—, inician en Madrid un recorrido por los frentes del Jarama, Brunete, Bilbao, Teruel, Cataluña, etcétera. Una España inexplicable,



Hemingway y Herbert Matthews, en Teruel, en 1937.



Los veteranos de la Lincoln —entre ellos Evelyn Hutchins— en la estación del Norte.

mezcla de tecnología y especulación, parece despistar, en un primer momento, a los expedicionarios; sin embargo, como diría Evelyn: "España está hermosa como siempre, porque están sus gentes". Evelyn condujo una ambulancia. Anduvo por los caminos polvorientos de Saelices (Tarancón) o por las angustias del hospital de Vich, en una Cataluña sitiada. Cuando ahora se comenta la Diada a la antigua conductora de ambulancias se le despierta una sonrisa juvenil: "No se pudo nada contra Cataluña". Aquellos norteamericanos tenían que venir hasta Francia como turistas (en su pasaporte había un sello "no válido para España") para pasarse por Figueras o Port-Bou. Mientras tanto, en Washington se adoptaba una "política neutral" que significaba el cese de la ayuda a la República —por su parte, la Texaco Incorporated, mantuvo a lo largo de todo el conflicto el suministro de carburante a los sublevados—, lo que haría exclamar a Franco: "Roosevelt se ha portado, con la ley del embargo, como un verdadero caballero".

En Jarama y en Brunete los veteranos de la XV Brigada reencuentran su pasado. Julius Deutsch, quí-

mico farmacéutico, siente de nuevo la punzada de sus tres heridas. Nicholas Pappas —hercúleo griego de sólida cabellera blanca y cojas espesas, mediterráneas— no puede evitar unas lágrimas fugaces al recordar la muerte de su hermano. Entre los restos de las defensas, en las cunetas que aún ahora parecen albergar el eco de la artillería ligera, se murmura el poema trágicamente irlandés de Charles Donnelly, muerto en las proximidades de Morata de Tajuña:

Hay un valle en España que se
llama Jarama,
es un lugar que todos conocemos
muy bien,
porque en él destruimos nuestras
fuerzas de jóvenes
y nuestra edad madura en gran
parte también.

De los tres mil doscientos norteamericanos que compusieron en principio los batallones George Washington, Abraham Lincoln, John Brown y el Mackenzie-Papineau (mixto de norteamericanos y canadienses), fundidos después de la trágica batalla de Brunete, debido a las bajas, en la Brigada

Lincoln a la que se incorporaban voluntarios españoles, sólo regresaron a Estados Unidos mil seiscientos, entre los recelos y controles de la Administración norteamericana. Apenas unos meses más, y casi seiscientos veteranos de la Lincoln son llevados a diferentes destinos militares, empezaba la segunda guerra mundial. Cuando los Estados Unidos, después de Pearl Harbour, entran como primordial parte beligerante, cuatrocientos veteranos de la "guerra de España", mueren en Europa, en el Pacífico, en el Norte de África o en el Mediterráneo. "Continuaba la guerra antifascista" —dice John Rossen, pequeño comerciante de Chicago encendido defensor de los principios liberales y humanitarios que formaron la declaración de independencia de los Estados Unidos—. "Los republicanos españoles fueron los primeros que se aprestaron a la defensa de nuestra forma de vida y de entender la libertad ante el fascismo, lo que pasó después en el mundo era una ampliación de lo que nosotros defendimos en los frentes españoles".

Los batallones Abraham Lincoln, mandado por Martin Hourihan, de Pensilvania, y, George Washington, a cuyo frente estaba un yugoslavo

santes visitas. Partidos políticos, viejos combatientes republicanos, la Asociación de Mutilados de la República, periodistas, "cameramen" de la NBC. Hay abrazos apretados, silenciosos. Hay sorpresa en los norteamericanos. "No esperábamos que se acordasen de nosotros —dice Milton Cohen, asistente social de Chicago—, nuestra lucha no sólo fue en España; después tuvimos que enfrentarnos con el ya tristemente célebre Comité de Actividades Antiamericanas". Aún en 1965, Cohen hubo de presentarse a declarar ante dicho Comité. "Me defendí con la primera enmienda de la Constitución en la que se asegura que cualquier ciudadano podrá tener las ideas que él quiera sin que por ello pueda ser discriminado".

Morris Stamm, sindicalista del ala izquierda de los Trade Unions —veterano de Belchite, el Ebro y Cataluña fue encarcelado en Chicago, tras participar en algunas huelgas, a su regreso. Era la época del senador McCarty. "Todos éramos subversivos, todos éramos comunistas, cuando ingresé en prisión el juez exigió una fianza de setecientos mil dólares que, evidentemente, no teníamos". Stamm sonríe sin abandonar su pipa, repleta su cá-

cho su familia desde que hace quinientos años fuera expulsada de España. Voluntario en las Brigadas, metalúrgico fornido, Harriman hubo de cambiar su nombre al regreso a los Estados Unidos para evitar las persecuciones "a los rojos y comunistas de la guerra de España". Sin embargo, el lejano nieto del rabino toledano se presentó voluntario a la aviación en la segunda guerra mundial. Después de algunos vuelos su avión fue derribado sobre Alemania. Año y medio en un campo de concentración a ochenta millas al Norte de Berlín. "Hay, señor, una fecha emotiva, el primero de mayo de 1945 me liberó el Ejército rojo", dice con su arcaico acento sefardí.

En la actualidad, en los Estados Unidos, en California, en Nueva York, Cleveland o Cincinnati la "Organización de Veteranos de la Brigada Lincoln" cuenta con unos trescientos cincuenta miembros que, tras múltiples tensiones, han ganado sus derechos a ser reconocidos, incluso pleiteando en Tribunales contra la Administración".

"Estábamos tendidos en la línea de la Infantería republicana en lo alto de un espaldón. El fuego de fusil y ametralladora era tan nutrido, que bastaba con asomar la cabeza por el borde del reparo de cascajo que la protegía para meter la barba en el chorro de silbadores e invisibles proyectiles que venían del espaldón del frente, y levantarle a uno la tapa de los sesos". El innegable estilo de Hemingway selló el espíritu de una generación. Las crónicas de guerra —criticables políticamente, pero de una inmejorable factura técnica— establecieron una corriente de sólida simpatía de intelectuales y sindicalistas americanos por los combatientes en España. Hugh Thomas, Gabriel Jackson, Stanley Payne, Southworth, Landis, entre otros han explicado, posiblemente sin despejar muchos lugares comunes, la intervención de las Brigadas Internacionales y concretamente la de la XV Brigada y los hombres de "La Lincoln". "Luchamos contra el talón de hierro de los fascistas —dice Zawadowski—, y aun ahora nuestra lucha en España o en los Estados Unidos no ha muerto, el peligro existe".

"Estamos contra el imperialismo", aseguran en las proximidades de la estación del Norte, al regreso de sus giras por los antiguos frentes de Madrid. La organización ha denunciado la existencia de las bases en España "como un peligro para la libertad y la democracia de los españoles y para el equilibrio mundial". Atentos seguidores de la política española, enviaron en su día observadores para los diversos conflictos laborales, Seat, Standard, Pegaso. No pueden romper su cordón umbilical español. "La prensa norteamericana no nos daba ninguna claridad sobre el proceso democratizador español, por eso hemos venido a España a hablar otra vez con su gente". Evelyn Hutchins no puede evitar una mira-



Nicholas Pappas, recuerdos del Jarama.

da maternal en su entorno. En su equipaje se amontonan libros, enseñas de partidos, recortes de prensa referentes a su viaje, un tarjetón impreso por el PCE en el que se reproducen poemas de Alberti y un fragmento del discurso de Dolores Ibarruri, dedicado a cada uno de los expedicionarios. En el equipaje hay, también, piedras —caliza, granito o cantos de río— recogidas en Brunete, en Ciempozuelos, en el Jarama o en las proximidades del parque del Oeste. Las crónicas de Hemingway o Herbert L. Matthews, del *New York Times* ("se parecía a Savonara, y yo tenía cierto parecido, digamos, a Wallace Beery tres años atrás", diría irónicamente Hemingway), los presentaron a la opinión pública como comunistas. Algunos lo eran, otros no. Les unía —les une con los españoles demócratas— un responsable sentido antifascista. Vinieron voluntarios a morir en la recalcinada meseta castellana, en las nieves de Teruel o en las colinas catalanas. Otro antifascista había hablado, en 1937, de este mismo sentimiento, la lucha por la libertad. Las palabras de Miguel Hernández acogen también a los norteamericanos de California, de Chicago, de las densas barriadas de Nueva York, de las fábricas de Detroit o de los maizales de Dakota:

Si me muero, que me muera con la cabeza muy alta. Muerto y veinte veces muerto. La boca contra la grama, tendrá apretados los dientes y decidida la barba. Cantando espero a la muerte, que hay ruiseñores que cantan encima de los fusiles y en medio de las batallas.

Viejos, nervudos, de complexión robusta y mirada inesperadamente infantil, los ocho veteranos "de la Lincoln" van a Bilbao, al Ebro, a Barcelona, al reencuentro de España. ■



Al regreso, los veteranos tuvieron que enfrentarse con el Comité de Actividades Antiamericanas. En la fotografía, una autopista dedicada a los veteranos de la guerra de España en Massachusetts.

nacionalizado norteamericano, Marko Markowicz, se vieron diezmados en los accesos a Bosdilla desde el río Guadarrama. Era el fatídico cerro de El Mosquito. Al otro lado de las trincheras un batallón de Melilla y un Tabor de Regulares. Joseph T. Zawadowski, de Chicago —"Pepito el Americano"—, mecánico, comenta recordando las heridas de Julius Deutsch: "Well, was difficult and terrible, they, los fachas, tiraron metralla a Julius hasta en el culo, yes".

En el "hall" del hotel, impersonal, madrileño de nombre pero con olor y decoración standard, los veteranos de la Lincoln reciben ince-

mara fotográfica de "vistas" de la nueva España.

En Toledo una sorpresa aguarda a Emmanuel Sam Nahman Harriman. Tras las obligadas visitas a Santa María la Blanca y a la casa del Greco, entre los encalados muros de la gran Sinagoga toledana, el veterano de la Lincoln encuentra una placa que ya una vez vino a buscar a España, en 1937, y no pudo hallar: "En recuerdo del rabino Mois Ben Nahman". Harriman es un sefardita de Florida —ahora residente en California—, de cincuenta y ocho años —"un antifascista prematuro", como él afirma—, que habla en ladino como lo ha he-